

GIAMBATTISTA VICO

Isaiah Berlin

(1909-1997)



Giambattista Vico fue un pensador audaz, original e importante. Vico es el padre de una nueva visión del papel del mito, de los rituales y del lenguaje. Me gustaría decir por qué creo que merece la pena leer a Vico, y por qué hoy es de alguna manera mejor conocido de lo que lo fue en períodos previos. Su nombre, contrariamente al de aquellos otros grandes creadores, no está unido a un único descubrimiento que haga época, aunque hubiera adelantado muchas ideas de gran audacia y originalidad. Propuso una nueva visión de la naturaleza humana entendida en términos sociales, como algo que crece y se transforma. Nos hizo ser conscientes de la necesidad de utilizar la imaginación disciplinada por la investigación empírica con el fin de entender las instituciones de otras gentes que son en gran medida diferentes a nosotros, de «adentrarnos en sus mentes», como así lo dice. En muchos sentidos, a Vico cabe razonablemente considerársele como el padre de la historia cultural.

Giambattista Vico was an audacious, original and important thinker. Vico is the father of new view of the role of myth, of ritual and of language. I should say why I think Vico is worth reading at all, and why he is somewhat better known today than at some previous periods. His name, unlike those of other great originators, is not attached to one single, epoch-making discovery, for he put forward many ideas of great boldness and originality. He propounded a new view of human nature, conceived in social terms, as something which grows and transforms itself. He made us aware of the need to use imagination disciplined by empirical research in order to understand the institutions of people greatly different from ourselves, to «enter the minds» of such beings, as he puts it. In many ways Vico can reasonably be regarded as the father of cultural history.

Mi tema es el pensador italiano Giambattista Vico, que nació en Nápoles en 1668 y murió allí en 1744. Vico no es exactamente un hombre muy conocido. Quizá lo sea ahora algo más de lo que lo fue cuando yo era joven, hace cerca de cuarenta años, pero nadie lo vincula con alguna significación particular, excepto los especialistas. A pesar de la extensa literatura sobre él en su país nativo, su nombre no está generalmente conectado con algún descubrimiento específico o movimiento revolucionario. Cuando la gente menciona a Maquiavelo, incluso quien no lo ha leído lo asocia de alguna manera con una cierta clase de realismo cínico en la política. Galileo es conocido por haber hecho importantes descubrimientos científicos: de hecho, por haber transformado la ciencia natural. Cuando se menciona el nombre de Vico, aun cuando la gente haya oído hablar de él, no se tiene muy claro sobre qué versan sus escritos, o cuáles son, si es que hay algunas, sus pretensiones a la fama.

Cuadernos sobre Vico agradece al Dr. Henry Hardy el permiso para la realización de la presente traducción en español y su publicación en esta revista.

Cuando fui a Oxford a finales de los años veinte, raramente había alguien que hablara sobre él, y, por supuesto, todo el ambiente le resultaba inadecuado, porque Vico era un filósofo de la historia y de la cultura, en tanto que la filosofía inglesa se encontraba por entonces en la fase de un naciente empirismo y de un positivismo ahistórico. El interés lo poníamos en problemas relativos a la percepción, de lógica filosófica, y, por lo menos a comienzo de los treinta, sobre ciertos tipos de problemas morales. Lo cierto es que Vico no tenía cabida en ninguna de estas discusiones. El único filósofo inglés de aquellos días que se interesó por Vico fue Collingwood, un pensador interesante y original, que tradujo el libro sobre Vico del filósofo italiano Benedetto Croce. Collingwood, sin embargo, era una figura aislada en Oxford, como, de hecho, se desprende de su autobiografía tan apasionada y resentida, y el hecho de que se interesara por Vico no extendió realmente su fama tanto como quizá se mereciera. Cuando empecé a leer a Vico fue justo antes de la guerra y después lo hice bajo la influencia de Collingwood, que solía decirme que aquí se encontraba un hombre de grandes dotes, una especie de cantera abandonada de ideas maravillosas, por la que, desgraciadamente, nadie en Inglaterra se había tomado demasiado interés.

Me di cuenta, como mucha de la gente que desde entonces lo había leído, que Vico era un caso sorprendente de lo que normalmente se considera un mito romántico: un estudioso pobre y olvidado, un hombre de genio que luchaba contra la adversidad, no reconocido por sus contemporáneos, en realidad no reconocido por muchos grandes hombres años después, un hombre que vivió en medio de una pobreza extrema y que llevó en Nápoles una existencia miserable de gacettillero explotado, escribiendo esquelas funerarias y biografías de hombres famosos, y actuando generalmente como una especie de consejero de hombres menos dotados y más famosos que él. Había puesto su corazón sobre dos cosas, ninguna de las cuales pudo conseguir. Una fue convertirse en catedrático de Jurisprudencia en la Universidad de Nápoles, algo que deseó durante toda su vida y que nunca logró. La otra fue conseguir que su obra maestra se publicara. Sabía que había hecho un descubrimiento de genio; por lo que se sentía terriblemente emocionado. Por lo menos no era un engaño. Mucha gente ha creído haber hecho descubrimientos geniales, cuando en realidad no lo eran, pero en el caso de Vico esta creencia estaba justificada, como resulta ahora evidente. Tampoco pudo ver su grandiosa obra publicada, porque era demasiado pobre.

Tituló su libro *La ciencia nueva*, título con el que quería dar a entender la ciencia de la historia, e intentaré explicar en qué consistía su descubrimiento en un momento. Necesitaba un mecenas que se hiciera cargo de la publicación: en consecuencia, dedicó el libro a un rico prelado, el cardenal Corsini, que poco tiempo después se convirtió en papa. El cardenal, empero, no dio el subsidio al final, alegando, como suelen hacerlo a menudo esa clase de gente, que estaba demasiado comprometido en otras direcciones. Vico no supo qué hacer. Empeñó un valioso anillo, pero ni siquiera eso iba a cubrir los costos de un libro que, según se dieron cuenta los editores, no iba a tener demasiado mercado, y de esa manera, con agnía extrema, eliminando las secciones críticas de otros pensadores, recortó casi un cuarto el tamaño original. Lo que consiguió que se le publicara le proporcionó una reputación, no tanto en su tiempo, ya que apenas si fue leído fuera de su Nápoles natal, sino para la posteridad.

La fortuna realmente nunca le sonrió. Estaba casi inválido, una de sus hijas fue una enferma crónica, uno de sus hijos parece que llegó a cometer un delito, dependía del favor de los ricos e influyentes. Su libro sólo llegó a hacerse famoso en el siglo diecinueve, cuan-

do el gran historiador francés Jules Michelet lo descubrió más o menos por accidente, con ocasión de que un colega de la universidad se lo recomendara: excitado en extremo, compió un volumen algo romántico de selecciones, y al poco tiempo una traducción igualmente romántica. Michelet, que casi por su sola mano creó la reputación de Vico, dijo hacia el final de su vida, en 1869: «No he tenido otro maestro que Vico. Sus principios de una fuerza viva de la humanidad que se crea a sí misma hicieron posible mi libro y mis enseñanzas». Pero para este tiempo, era, en un sentido, demasiado tarde. Otros pensadores posteriores han expresado mucho de lo que Vico había dicho a comienzos del siglo XVIII más claramente y con más agudeza de lo que él lo hizo, aunque hay cosas maravillosas y originales en sus escritos que nadie antes que él había dicho, al menos en la manera en que él las había expresado.

Me gustaría decir por qué creo que merece la pena leer a Vico, y por qué hoy es de alguna manera mejor conocido de lo que lo fue en períodos previos. Su nombre, contrariamente al de aquellos otros grandes creadores, no está unido a un único descubrimiento que haga época, aunque hubiera adelantado muchas ideas de gran audacia y originalidad. Voy a intentar hacer una lista de las tesis sobre las que se puede decir que descansa la reputación de Vico. La primera de todas fue que se opuso a toda una teoría de lo que era el hombre, de la naturaleza del hombre, prevalente en su propia época. Además, me parece que debió de haber sido el primer hombre en concebir la idea de cultura o civilización en la manera en que hoy la pensamos. Lo hizo antes que Voltaire, el ostensible autor de este concepto. También concibió una nueva noción de lo que es la historia, y de cómo se la ha de estudiar. Dijo cosas novedosas sobre la naturaleza del derecho. Más importante que esto, dijo cosas sobre las matemáticas de tal originalidad que han sido apreciadas con propiedad hasta virtualmente nuestro propio siglo. Su concepción de la estética fue igualmente novedosa y audaz, y ahora constituye una de las concepciones más prevalentes en este campo, aun cuando los autores oficiales son, una vez más, personas muy diferentes. Mantuvo una nueva teoría de lo que son los mitos, el simbolismo y el lenguaje y de lo que uno podría lograr entender estudiándolos, una teoría que no creo que nadie antes que él hubiera enunciado, o por lo menos no de una manera tan vívida y profunda. Es uno de los verdaderos fundadores de las ciencias sociales, de la filología comparada, de la antropología comparativa y de la sociología, del estudio comparativo de las instituciones humanas. Todo esto lo concibió Vico de una manera audaz y atrevida, aun cuando fuera un escritor exageradamente oscuro. Por lo demás, distinguió una clase de conocimiento que no creo que nadie lo hubiera formulado antes que él.

Finalmente —y esto es, si no la cosa más profunda que dijo, quizás la razón más perdurable de su fama— trazó una distinción entre el método y la naturaleza de la ciencia natural y aquellos que se emplean en el estudio de las cosas humanas que, aunque no haya sido aceptado universalmente, se ha convertido en un campo de batalla sobre el que todavía luchan los filósofos. Algunos pensadores reconocen la justicia y la verdad de lo que dijo, y tratan de desarrollarla, otros opinan que es una falacia. En cualquier caso, es una polémica viva, que nunca ha estado más viva de lo que se encuentra en nuestro tiempo.

Con estas exigencias a la fama, Vico merece claramente que se le estudie. ¿Por qué, entonces, no se le ha leído? La principal razón estriba, creo, en que es un escritor terriblemente oscuro. A pesar de la excelencia de la traducción inglesa de sus dos grandes obras a cargo de los señores Bergin y Fisch, no recomiendo a nadie que empiece simplemente leyen-

do a Vico sin consultar alguna introducción a sus ideas: por ejemplo, alguno de la media docena de excelentes ensayos que hoy en día existen en inglés. Vico está infinitamente lleno de alusiones. Es demasiado culto, no puede callarse nada, tiene el feo vicio de contar todo lo que sabe, hay interminables digresiones, y se sale a menudo por la tangente. Es uno de esos obsesionados y caóticos escritores en cuya mente existe una presión enorme y simultánea de toda clase de ideas que chocan entre sí, que demandan expresión al mismo tiempo: esto le da una gran intensidad y emoción a sus escritos, pero no ofrece una clara exposición. En el siglo XVIII, cuando la gente opinaba que no pensar con claridad significaba virtualmente no pensar en absoluto, nadie lo leyó bastante fuera de Italia.

Algunos alemanes curiosos intentaron leerlo, sin éxito. Cuando el gran Goethe estuvo en Nápoles en 1787, se le regaló un volumen, de la gran obra de Vico, a cargo de algunos intelectuales locales que buscaron así hacerle un homenaje a Goethe. En sus famosos *Viajes italianos*, Goethe declara que Filangieri, un jurista napolitano, le dio un volumen de Vico: lo observaron, declara, como una clase de texto sagrado. Goethe entonces se refiere a «la visión del bueno y del justo» de Vico en el futuro de la humanidad. Pero no hay casi nada en Vico sobre tal futuro. Es bastante obvio que Goethe, de hecho, no se molestó en leerlo, y si lo intentó no comprendió lo que estaba leyendo. Es posible que Goethe hubiera pretendido saber algo que no entendió realmente, pero ¿qué es lo que un hombre civilizado del siglo XVIII hubiera podido sacar en claro de esta masa de frases enmarañadas todas como si estuvieran cruzándose entre sí, una basta amalgama de ideas brillantes pero mal expresadas, con infinidad de notas a pie de página y referencias irrelevantes, que llenan y oscurecen completamente las páginas de este escritor tan terriblemente mal organizado? ¿Por qué no fue leído Vico? Porque virtualmente es ilegible.

Sin embargo, si alguien hace el esfuerzo de leerlo, antes que convertirse en uno de sus intérpretes, bien merecerá la pena, como siempre ocurre con cualquier hombre de genio, al final su pensamiento se abre camino, el esfuerzo merece la pena —como le ocurrió por ejemplo a Yeats y a James Joyce, que estuvieron evidentemente fascinados por él—.

VICO Y LAS MATEMÁTICAS

Vico fue un hombre que nos interesa hoy porque los problemas con los que se enfrentó no son diferentes de algunos con los que los pensadores de hoy en día se están enfrentando. El siglo XVII, como todo el mundo sabe, es el siglo del progreso y del triunfo de las ciencias naturales, y, en particular, la gran era del desarrollo de las matemáticas. Las matemáticas habían sido consideradas como la reina de los estudios humanos. Lúcida, rigurosa, irrefutable, es una disciplina en la que, de premisas innegables y por medio de pasos lógicos deductivos, se llega a conclusiones que son igualmente irrefutables: una estructura magnífica de argumentos irrompibles, luminosos, racionales, que durante siglos habían sido considerados como el paradigma de todo conocimiento. Una de las más grandes figuras de este desarrollo fue el filósofo francés René Descartes, quien influyó decisivamente no sólo a sus contemporáneos en Francia sino a los matemáticos y filósofos de cualquier parte, incluyendo a los italianos. Cuando Vico era joven, aunque educado por sacerdotes en una atmósfera muy religiosa de Nápoles —de alguna manera retrógrada culturalmente, y ciertamente desde un punto de vista teológico, la ciudad, era gobernada por austríacos y españoles— el nuevo racionalismo, especialmente en su forma cartesiana, fue la corriente intelectual domi-

nante de la época. Cuando Vico leyó a Descartes se convirtió primero al cartesianismo, como casi todo pensador importante de su tiempo. Pero llegó a rebelarse en su contra. Tal vez fue el humanismo natural de Vico, su amor por cada una de las materias que Descartes rechazaba, lo que motivó esta rebelión. Descartes había argumentado que la única clase de estudio que una persona sería podría emprender bajo la esperanza de realizar algún progreso era la que empleaba métodos matemáticos o cuantitativos. Existían, desde luego, ciertos estudios humanos tradicionales –historia, crítica, retórica, literatura– que no utilizaban estos métodos, y sobre los que Descartes se mostraba algo mordaz. Cuando menciona por ejemplo la historia, habla de ella con cierto desprecio. ¿Cuáles eran los axiomas del pensamiento histórico? ¿Dónde estaban las reglas, para la búsqueda de las conclusiones, de aquella clase indestructible y clara como las que nos proporcionan las ciencias matemáticas? Todo lo que uno podía obtener era, de alguna manera, un conocimiento vago de cierta clase impresionista: ¿sobre qué clase de evidencia se fundamentaba? La evidencia de las ciencias físicas se descubría por observación directa, o quizás por algún sentido metafísico intuitivo que nos decía lo que había en el mundo real: el conocimiento que se podía desarrollar por métodos matemáticos, o por lo que en principio era lo mismo, lógicos, que no daba paso a ningún tipo de contradicción. ¿Pero y con la historia?

En el siglo XVI unos cuantos ataques habían sido lanzados contra la historia tachándola de no ser un estudio serio. ¿Cuál era la evidencia de nuestro conocimiento del pasado? En último extremo, desde luego, aquella que nos proporcionan los testigos, la gente que se encontraba presente y describía lo que ocurría. Pero los testigos que habían participado en los sucesos se encontraban con frecuencia bajo el efecto de ciertos prejuicios. En las situaciones de conflicto se inclinaban frecuentemente por un lado u otro. Muchos motivos podían inducirle a tener visiones altamente parciales –la lealtad a una causa o a un jefe, o pasiones religiosas, políticas y morales y las convicciones– o, a veces, motivos menos dignos: miedo a las represalias, la esperanza de obtener una recompensa, deseo de agradar al patrón, esconder los hechos a los oponentes, denigrar al enemigo. Además, semejantes hombres se encontraban a menudo ansiosos de conseguir un efecto puramente literario, u obtener fama, y allí donde los hechos faltaban, los inventaban. El principal argumento era que los mismos hombres que participaban en los sucesos se encontraban emocionalmente implicados en ellos, y por consiguiente, difícilmente podían expresar la verdad de la misma manera objetiva en la que un geólogo podría hacerlo, o un físico, o un astrónomo, que carecen de razones particulares para sentir prejuicios, o para distorsionar la imagen de los movimientos del sol, o del proceso de sedimentación, o de la estructura molecular. En cuanto a los que no habían participado en los sucesos, ¿qué podrían hacer sino aceptar la evidencia de aquellos que estuvieron? De esta manera las explicaciones de aquellos que no estuvieron presentes en la escena dependían en último extremo, por su credibilidad, de la evidencia de aquellos que participaron. Estos historiadores podían ser imparciales, podían ser objetivos, mantener cierta distancia, podían desear contar la verdad, pero no habían participado en los sucesos mismos, y estaban obviamente a merced de aquellos que participaron.

Los pensadores escépticos, particularmente en el siglo XVI, argumentaban, por lo tanto, a menudo de una manera vívida, que o bien el informador había participado en los sucesos, en cuyo caso no era seguramente imparcial, o no lo había sido, en cuyo caso difícilmente habría tenido acceso a documentos clasificados, por decirlo de alguna manera, y

muy improbablemente conocería los hechos reales: se dejaría llevar por la gente que le hacía creer que su país, o su causa, o su iglesia, estaba en lo cierto, o que ellos o lo que defendían lo habían hecho mejor que lo que la gente había pensado que lo había hecho. ¿Cómo, posiblemente, sobre esta clase de evidencia, podía fundarse cualquier clase de cuerpo lógicamente estructurado de conocimiento fiable y progresivo? Descartes, atacando desde otro ángulo la ausencia de una estructura propiamente lógica en los escritos históricos, llegó a una conclusión similar: puede que no cause daño real estudiar historia, era la ocupación para las horas de asueto, antes que viajar o estudiar algún lenguaje inservible como el latín y el griego, el suizo o el bajo bretón. ¿Qué podían reclamar saber nuestros mejores historiadores romanos, se preguntaba Descartes, que no le fuera conocido a una esclava de Cicerón? ¿Era ésta una meta digna de un serio buscador de la verdad?

Éstos fueron ataques formidables desde diferentes barreras. Vico fue educado en un ambiente profundamente teológico y tradicional —en las verdades de la iglesia romana a la que, a su propia manera se mantuvo fiel toda su vida, y que está considerablemente basada en la tradición histórica. Además, por aprendizaje fue un jurista apasionadamente interesado en el derecho romano y en su desarrollo. Y, me atrevo a decir, tal vez se sintiera ofendido, personalmente ofendido, por este ataque al valor y al *status* de las humanidades, de la crítica, de la literatura, del derecho, sobre todo el mundo del estudio de las antigüedades en el cual se había adentrado tanto personalmente como por ser un cristiano piadoso. Se sintió finalmente obligado a replicar a Descartes. Lo que dijo fue sobremanera interesante.

Dijo, en efecto: sí, es verdad, las matemáticas constituyen un logro maravilloso. Es un cuerpo de verdades irrefutables. Pero es un cuerpo de verdades semejante no porque constituya una clase de almacén o representación de verdades eternas sobre la naturaleza y el mundo. Es verdadera a costa de no dar información acerca de nada. No describe nada en absoluto. Las matemáticas son una concatenación de ficciones. Las reglas de las matemáticas son creadas por nosotros, por los seres humanos. Los símbolos de las matemáticas son inventados por nosotros. Es como (no utilizó la analogía, pero esto es, creo, lo que quiso decir) un juego que alguien inventa. Desde luego que el razonamiento matemático es válido. Pero es así porque así lo hemos hecho. De acuerdo a la visión tradicional, las matemáticas reflejan los hechos más permanentes de la naturaleza externa o de la experiencia humana, sin embargo, nada de esto son las matemáticas. Supongamos que alguien se preguntara cómo sabemos que el rey en el ajedrez solamente puede moverse una vez, una casilla cada vez, y supongamos que alguien le dijera: «de hecho, eso no es universalmente verdadero. Una vez —hace ya tiempo— vi que alguien movía al rey en el ajedrez hasta tres casillas». No podría considerarse esto como una prueba válida en contra de la evidencia. Y lo es, desde luego, porque el hecho de que el rey se mueva una casilla o tres no es un asunto que pertenezca a la observación, a los hechos, sino algo que depende de las reglas del ajedrez, inventadas libremente por los hombres, y puesto que las reglas de este juego dictan que el rey se ha de mover sólo una casilla, se sigue que si se mueve dos más se rompen las reglas, el juego no puede continuar. Vico creyó que las matemáticas era una actividad de esta clase. Pensó que no formaban descripción alguna de la estructura general de la realidad, sino que eran el resultado de la aplicación de reglas hechas por el hombre, como jugar un juego o tal vez las de la música. Por lo tanto, aun cuando fuera desde luego un logro maravilloso, válido y espléndido, la más pura producción de la razón humana lógicamente controlada, así lo era

únicamente porque constituía una pura invención humana. De ahí que la reivindicación de que las matemáticas nos enseñaran más sobre el mundo que cualquier otra disciplina no podía posiblemente sostenerse. Era una ficción útil, coherente. No una ficción en el sentido de ser falsa, sino una ficción en el sentido de no describir hechos. Una vez que se llega a algo que no sean las puras matemáticas –a la física, por ejemplo– el componente matemático de la física entonces, ya que consiste en el uso de símbolos y reglas que nosotros mismos hemos inventado, permanece hasta ese punto perfectamente válido. La física sin embargo trata con el tipo de cosas que existen en el mundo externo, y estas cosas que se encuentran en el espacio no son nuestras creaciones, de manera que en este punto la física es más opaca que las matemáticas. Aquí ya no estamos tan seguros de que lo que estemos diciendo sea incuestionablemente verdadero. Y es así porque aquí hemos llegado a contactar con la realidad –algo independiente de nuestra voluntad, de las reglas hechas por los hombres–.

Vico vuelve a una vieja formulación escolástica que ciertamente se remonta a San Agustín, sino más, y que dice que todo lo que podemos entender es aquello y sólo aquello que nosotros hemos hecho. Uno no sabe nada completamente a menos que lo haya inventado. Para ilustrar esto con otro ejemplo que él no utiliza: un novelista tiene un conocimiento completo de sus personajes sólo porque él los ha creado; un artista conoce su obra de arte porque la ha creado. Sólo Dios, dice Vico, tiene un conocimiento perfecto del mundo porque Él es su autor, porque Él lo ha creado. Pero nosotros no hemos creado el mundo. Lo observamos meramente, y podemos registrar lo que encontramos –que hay ciertos objetos en el universo, cosas materiales y criaturas que conforman el mundo externo. Nos damos cuenta del hecho de que algunas cosas se encuentran al lado de otras, arriba o abajo, en frente o detrás de otra, que ocurren antes o después a la vez con otras. Podemos dar una descripción de cómo nos parece que son, de la manera en que se comportan. Esto son los datos últimos para las generalizaciones de las ciencias naturales, y podemos utilizar las matemáticas como un recurso con el fin de integrar y generalizar este gran cuerpo de conocimiento, que en último extremo descansa sobre la observación, y también sobre la experimentación (que es la observación bajo condiciones creadas especialmente), con el fin de contestar cuestiones específicas. De acuerdo con Vico, esto es conocer lo que existe en el universo al percibir cómo son sus contenidos o cómo suenan o a qué huelen.

Pero hay algo que no sabemos acerca de ellos, a saber: para qué existen, qué propósito tienen, si es que tienen algún propósito, y cuál. No lo sabemos porque no hemos creado el mundo. Conocemos el propósito de un poema o el de un reloj porque lo hemos hecho –expresar una visión o mostrar el tiempo: pero por qué Dios hizo lo que Él ha hecho, es algo que solamente Él sabe. Esta proposición es, en un sentido, un lugar común teológico: a saber, que solamente Dios comprende el mundo porque Él lo ha creado, mientras que nosotros sólo podemos describir lo que Dios ha hecho, sin saber cuál es su propósito o cuál puede ser el motivo del autor, excepto en la medida en que nos lo deja entrever en la revelación, o en los escritos sagrados, y por consiguiente de una manera muy parcial. En este punto, Vico dio un paso atrevido y original. Declaró que nuestra capacidad para comprender lo que nosotros hemos hecho sobrepasa más ampliamente la de los meros artefactos. Comprende otro ámbito: el de la historia humana. Porque no solamente observamos, sino que podemos conocer por qué lo hacemos, podemos reconocer nuestros propios motivos y propósitos.

El antropomorfismo es una falacia porque atribuye sentimientos humanos o actividades a cosas no humanas. Si dices que un árbol persigue un cierto fin, o que las cosas inanimadas sienten ciertos deseos, o sufren, o tienen ciertas ambiciones, esto es animismo, mitología. Decir que el cielo está enfadado, o que el mar está bramando, o que está airado, o que los árboles lloran, o que las mesas se quejan, es un uso metafórico del lenguaje, una licencia poética. Creérselo significa engañarse, ser culpable de caer en una patética falacia, que consiste en dotar a los objetos inanimados de cualidades propias de los seres humanos, algo que los hombres han venido a darse cuenta que no es más que una ilusión. Sin embargo, hay entidades a las que estas categorías humanas se pueden aplicar válidamente: a saber, a los seres humanos. Es presumiblemente afín de ser antropomórfico con relación a los *anzropoi* –relativo a los hombres–. Y cuando preguntamos por qué ciertos hombres particulares en el pasado actuaron de la manera en que lo hicieron, por qué una sociedad particular o una nación reaccionó como lo hizo ante un suceso particular en su historia, por ejemplo, ante un desastre natural, o ante una conquista, podemos responder en un nivel diferente del que explicamos el comportamiento de las rocas o de los animales, cuya actividad interna no podemos reclamar que la entendamos. De hecho, no podemos siquiera afirmar si tiene sentido hablar de «algo interior» en su caso –de motivos, deseos, temores, esperanzas: asumimos generalmente que no lo tienen. Entendemos lo que significa tener fines, esforzarse, actuar, porque sabemos lo que eso significa para un ser humano. Sabemos qué es lo que significa querer, tener, esperar, imaginar, adorar, concebir un ideal, y lo sabemos de una manera diferente a la que sabemos que lo azul es diferente de lo verde, o que las rocas tienen ciertas propiedades que los árboles no poseen, o de una manera diferente a como sabemos las verdades lógicas: por ejemplo, que ciertas proposiciones son y algunas no son compatibles con otras. Sabemos lo que conmueve y de qué manera a los hombres porque es parte de la experiencia humana.

Hay una famosa sentencia en la que Vico, de manera típica, expresa esta verdad: «En la noche de espesa oscuridad que envuelve la primitiva antigüedad, brilla la luz eterna de una verdad, la de que el mundo de la sociedad civil» –con lo que simplemente quiere decir la sociedad y la historia– «ha sido ciertamente hecho por los hombres, y que sus principios han de ser encontrados por consiguiente en las modificaciones de nuestra propia mente humana». Con «modificaciones» de la mente lo que quiere dar a entender, creo, son las categorías básicas de la experiencia, los modos en los que los hombres, en sus diferentes estadios de desarrollo colectivo, y social, desean, esperan, temen, aman, crean, reflexionan, etc., etc. Dejémosle que continúe: «Quien quiera que reflexione sobre esto no puede sino maravillarse de que los filósofos hubieran tenido que poner todas sus energías en el estudio del mundo de la naturaleza, que puesto que Dios lo hizo, sólo Él lo conoce, y que hayan olvidado el estudio del mundo de las naciones que hecho por los hombres, los hombres podían llegar a conocer». Y hay en realidad algo muy paradójico sobre el hecho de que la mayoría de los filósofos intenten y trabajen en la lógica de las ciencias naturales, sobre la que algunos de ellos saben algo pero que la mayoría conocen muy poco, mientras que la mayor parte de la gente que ha estudiado la historia, o que ha pensado sobre el pasado, le ha prestado comparativamente escasa atención a este campo de estudio tan familiar –ciertamente no demasiado por lo menos durante el tiempo en que aprendí filosofía en Oxford a principios

de los treinta o de hecho poco después—. Esto en buena parte, desde luego, se debe al prestigio y a la importancia de las ciencias, y gracias a que la estructura lógica de las ciencias aparece mucho más clara que la estructura de la historia. Sin embargo, aún hay mucho en lo que Vico tiene que decir. La lógica de la historia, y de las humanidades en general, ha sufrido un olvido relativo, particularmente en los países de habla inglesa.

Ahora bien, ¿cómo descubrimos lo que ocurrió realmente en el pasado? ¿Cuál es esta nueva ciencia de la historia que Vico cree que ha descubierto? Cree —y ésta es una de las tesis más importantes de Vico— que hay cuando menos dos grandes puertas abiertas al pasado que la gente no ha utilizado suficientemente, aun cuando hayan estado siempre ahí, abiertas y listas para ser utilizadas. Una es la naturaleza del lenguaje, y la otra es la naturaleza de los ritos y del mito. Primero, el lenguaje. Vico afirma que si se observa la manera en la que los antiguos escribieron y hablaron —cosa que podemos hacer de manera fácil con la literatura clásica de Grecia y Roma, o en los escritos jeroglíficos de Egipto o con los ideogramas de China (él sabía bastante menos sobre esto último que de literatura latina, pero alguna investigación sobre ello ya se había iniciado en su época)— se descubrirá que esta gente utilizaba un lenguaje algo diferente de la manera en que ahora lo utilizamos. Es posible que todas las expresiones que ahora tomamos como metáforas, y que utilizamos, no fueran metáforas en absoluto para la gente primitiva que habló y escribió de esta manera. Cuando los antiguos decían que «la sangre hierve en mi pecho» es posible, se pregunta Vico, que la sensación de ira les pareciera literalmente algo así como si la sangre hirviera más de lo que ahora nos parece a nosotros. Cuando utilizaban expresiones como «labios de los jarrones», «dientes de los arados», «bocas de los ríos», «cuellos de tierra», «venas de minerales», «entrañas de la tierra» —por poner sólo algunas metáforas sacadas del cuerpo humano—, Vico sugiere que ellos vieron los jarrones como si tuvieran labios, y los arados con dientes, de una manera mucho más vívida y en términos más concretos de los que cualquiera de nosotros, con nuestra sofisticada manera, pueda llegar a concebirlos. Éstas ahora son metáforas muertas. Pero para nuestros antepasados, los ríos tenían bocas, la tierra tenía cuellos, los robles tenían corazones, los minerales tenían venas y la tierra tenía entrañas. Para los hombres primitivos, los árboles lloraban mucho más de lo que lloran para nosotros, y ahora todas estas maneras de hablar no se han vuelto más que clichés.

Vico nos dice que el lenguaje de los hombres primitivos era poesía: la poesía no como se concebía en la sofisticada época de Vico, como una ornamentación, como una manera especial de decir cosas que tal vez podrían, en principio, decirse igualmente con la misma claridad en prosa, lo que se conoce como el uso literal del lenguaje. La poesía para Vico no es simplemente una elevada manera de hablar, o una manera deliberada de embellecer algo que se podría expresar en el lenguaje ordinario. La poesía expresa una visión perfectamente natural y directa del mundo. La gente comienza con un deseo de explicarse el mundo a sí mismo, de entender, de encontrarse en casa en este universo misterioso y aterrador en el cual han sido puestos. Vico intenta reconstruir este mundo primitivo. Los hombres empezaron, cree él, como brutos salvajes: aterrados por el estruendo del primer trueno que oyeron, escaparon de las furias de un poder siniestramente concebido en el cielo a las cavernas, arrasando con ello a sus mujeres. Ésta fue la experiencia original del miedo, de la emoción religiosa hacia algo que aterroriza, algo omnipotente, que demanda autopostración. Cuando estos primitivos pensaban en los ríos, o en las plantas, o en la tierra, tales entidades eran para

ellos criaturas, bien amistosas o bien hostiles; el mobiliario del mundo era literalmente animado para ellos. Bien, nos hemos vuelto más sabios: trazamos diferencias entre lo animado y lo inanimado. Pero al estudiar el lenguaje de nuestros antepasados en la tierra, uno puede desvelar una visión de la tierra que es bastante diferente de la nuestra.

Vico cita una frase en latín, *omnia plena Jovis*, «todo está lleno de Júpiter». Y pregunta qué es lo que significa. Para el estudiante contemporáneo de mitología, Júpiter es un tronador barbudo, padre de los dioses del Olimpo, una entidad mitológica que los antiguos griegos concibieron como un rey con barba del cielo que lanza rayos a las personas que no le gusta. Sin embargo, al mismo tiempo parece también haber sido, en la poesía latina, un sinónimo de aire, de cualquier cosa que existe, del infinito cielo. ¿Cómo un tronador barbudo puede ser aire y cielo? Nada de esto tiene significado para nosotros. Cibele es al mismo tiempo una enorme mujer y toda la tierra. Neptuno es una deidad barbuda marina con tridente, pero al mismo tiempo es todos los océanos del mundo. Hércules es un héroe inmensamente fuerte que limpió los establos y mató a la hidra, pero es también diferente en cada ciudad: hubo un Hércules tebano, otro ateniense, un Hércules espartano y un Hércules de Corintio. Sin embargo, hay un sólo Hércules: es uno y muchos. ¿Qué puede significar esto? Vico llama a tales nociones imposibilidades imaginadas, imágenes imposibles. Tienen poco significado para nosotros hoy, porque somos profundamente diferentes de aquellos primitivos bárbaros, pero la cuestión que nos debemos de plantear es ésta: ¿qué le debió de haber parecido el mundo a aquella gente para quien tales expresiones se convertían en un uso natural del lenguaje? Vico declara que no es en absoluto fácil responder a esta pregunta. Para hacerlo, uno debe de llevar a cabo un vasto esfuerzo de la imaginación, una dolorosa experiencia, a la que no estamos habituados. «Está más allá de nuestras fuerzas» escribe, «adentrarnos en la vasta imaginación de aquellos primeros hombres, que no fueron ni por asomo abstractos, ni refinados, que no fueron espirituales, porque estaban inmersos por completo en los sentidos, atiborrados por las pasiones, enterrados por el cuerpo». Y sin embargo al realizar un gran esfuerzo de la imaginación podemos lograr una reconstrucción imaginativa de esta experiencia remota. Quizá no se la pueda lograr completamente, desde luego: pero con todo, se puede obtener un ojeada de ese mundo, una experiencia, muy diferente de la nuestra, en la que este, para nosotros, uso extraño del lenguaje deba de haber sido la expresión natural —la manera normal de comunicarse con otros— del pensamiento mismo.

En cuanto a los mitos, urge un enfoque similar. Los mitos, que a nosotros nos parecen únicamente historias bonitas, no son simples invenciones de un montón de sacerdotes embusteros que los utilizan para arrojar polvo a los ojos de los tontos crédulos —que es más o menos lo que los filósofos del siglo XVIII, Voltaire y sus seguidores, creyeron que eran—. Pero tampoco son simplemente elegantes ornamentos, un recurso estético utilizado inocentemente por los poetas con el fin de ampliar el efecto y el encanto de sus versos. Tampoco son maneras especiales de convenir verdades profundas quizás ocultas. Son formas reales de percibir y de actuar en el mundo.

Semejante uso del lenguaje y del mito —y de los ritos sobre los que «aquellos tienen efecto»— representan algo crítico en la experiencia de esas gentes: este lenguaje nos parece artificial y «poético» únicamente a nosotros, a los hombres de épocas posteriores. La tesis se ha convertido, desde entonces en algo tópico. Un gran número de antropólogos sociales nos dicen ahora que el totemismo no es simplemente un montón de nociones absurdas con

arreglo a los cuales un grupo de bárbaros salvajes piensan, sino un tipo de visión alternativa. Lévi-Strauss, por ejemplo, nos da ejemplos de semejantes formas de interpretar la realidad que son muy diferentes de las nuestras. Tales imágenes y palabras no han de considerarse como un absurdo infantil: son simplemente maneras diferentes de percibir, aunque no menos válidas, y de reaccionar ante el mundo. Se las puede condenar como menos útiles, al menos para nosotros tal y como ahora somos, que aquellas en las que algunos de nosotros, de hecho, pensamos –y gracias a las cuales las consideramos categorías y conceptos científicos o basados en el sentido común–. Pero pueden expresar una visión igualmente rica y completa del mundo.

Las ideas de Vico sobre el uso del lenguaje, incluso su misma concepción del lenguaje, constituyen los fundamentos de la filología comparada, de la antropología comparativa y de las ciencias comparativas humanas en general, el esfuerzo sistemático de adentrarse imaginativamente en otros mundos, de ponerse en el mismo lugar de aquellos extraños seres que se encuentran en un tiempo y en un espacio remoto del nuestro. Una vez que esta noción de crecimiento social del estado salvaje primitivo a la sofisticación ha sido aceptada, buena parte de las ideas básicas del siglo XVII caen por su propio peso. La primera en desmoronarse es la noción de «el derecho natural de los filósofos» de las verdades eternas que todos los hombres en todos los tiempos deben de haber conocido: los juicios morales que establecen, por ejemplo, que la palabra dada ha de ser mantenida, o que los hijos están obligados a cuidar de sus ancianos padres, o que uno no debe cometer asesinato, o levantar falso testimonio, o cometer incesto y otras tantas cosas parecidas; prescripciones que posteriores culturas occidentales, y tal vez otras culturas, de hecho asumieron. Vico reivindica que si realmente seguimos los escritos de aquellos primitivos podemos obtener las visiones de sus autores, ser capaces de ver que aquellos salvajes vivieron en un mundo en el que algunas de estas nociones de ninguna manera podían funcionar, y ni siquiera mucho menos haberlas podido concebir de manera consciente. Es palpablemente absurdo pensar que las bestias salvajes, los *grossi bestioni*, pudieran haber actuado en sus cavernas de acuerdo a verdades permanentes, inalterables y fijas grabadas en el corazón de todos los hombres, incluso los más primitivos, como por ejemplo lo supusieron probablemente los estoicos o Cicerón, y después de ellos un gran número de pensadores medievales, como lo hizo Rousseau, o Thomas Jefferson y algunos otros. De ninguna manera pudo haber sido así porque los vestigios lingüísticos y otros restos demuestran que aquella gente era demasiado diferente de nosotros para que pudieran compartir los mismos códigos de conducta que ahora mantenemos. Existe un proceso de crecimiento y de desarrollo. Uno no debe importar ideas modernas al pasado.

EL EVOLUCIONISMO DE VICO

Tales argumentos puede que hoy nos resulten verdades palpables, pero cuando Vico las dijo por primera vez no eran tan obvias. El evolucionismo de Vico operaba en contra de convicciones profundamente sentidas: en contra de la noción de verdades eternas que se encontraban en lo profundo del corazón de todos los hombres, la clase de verdades que los filósofos pensaron que Adán conocía o que pudo haber conocido en el jardín del Edén, las verdades *a priori* que no requieren de la experiencia para que sean reconocidas. Igualmente va en contra de aquellas teorías como las del *contrato social*, que presuponen un grado aún mayor de sofisticación para aquellos hombres de las cavernas que se supone que lo adopta-

ron, y aun cuando no pudieran haberlo formulado, hubieran podido haberlo tenido. Va en contra de una de las más fundamentales de todas las creencias tradicionales, aquella según la cual existe algo así como la naturaleza humana fija para siempre, la llave común de todos los hombres, en virtud de la cual son hombres, que aunque se desarrolle escasamente, sigue siendo básicamente la misma en todos los lugares y en todo tiempo, en todas las conexiones, el fundamento de todas las teorías del derecho natural eterno, inalterable y ubicuo. Afirmar esto, oponerse a una visión casi universalmente aceptada, requirió, al menos así me lo parece, una buena dosis de valentía intelectual, y una imaginación atrevida e inusual.

Las nuevas ideas de Vico crearon, entre otras cosas, los fundamentos de una nueva estética. La visión ordinaria del siglo XVII (e incluso aún más la del siglo XVIII) era la de que existían ciertas reglas para realizar las obras de arte. Estas reglas eran inalterables, universales y eternas. Uno puede, desde luego, discutir si el arte de los antiguos era o no superior al arte de los modernos. Pero las asunciones por ambos lados implicaban una aceptación igual de la existencia y de la posibilidad de conocer las leyes y reglas objetivas del arte. El principal propósito del arte, se creía, era agradar, proporcionar placer, o quizá dar lecciones morales o intelectuales de una manera aceptable y agradable. Vico rechaza ambas doctrinas. Para él la poesía no es ni didáctica ni una mera fuente de placer, una clase de juego, inofensivo y agradable que sirve de ornamentación a la vida, un logro de las culturas superiores. Para Vico el arte es una de las formas naturales de expresión de que disponen los seres humanos. Los hombres bailaban antes de andar, inventaron la poesía antes de que escribieran en prosa, hablaron antes de que escribieran. Es un medio con el que los hombres se comunican entre sí o con Dios. Esta concepción se hizo más patente y vívida mucho después con el filósofo alemán Herder, hacia el final del siglo XVIII. Pero Vico fue el primero en darse cuenta que el arte no es solamente una adición contingente a las actividades ordinarias de la vida, cazar, pescar, comer y luchar, en las que se veía envuelta la gente primitiva.

Comprendió que el arte está indisolublemente ligado con la actividad con la que también lo están los ritos religiosos. Las canciones, la danza, son formas de expresión utilizadas por los hombres para expresar su propia identidad, las relaciones que mantienen con los demás y con la naturaleza, con el pasado y con el futuro y también con Dios. Estas formas de expresión, de creación, de comunicación cambian conforme va cambiando el orden social: los poemas homéricos son la expresión colectiva de una oligarquía «heroica» cruel, ambiciosa y severa, que fueron necesariamente superados cuando pasó su sociedad. Cada época genera su propio arte. No existe un progreso lineal entre las diferentes formas de arte: son tan inconmensurables entre sí como puedan serlo las sociedades y las formas de vida en las que aparecen. La doctrina, ya sea antigua o moderna, de los principios inmutables de todas las formas de arte, tal y como la enseñaron los críticos del tiempo de Vico, es una gran falacia.

La noción de arte como expresión, como una voz parlante y simplemente como una facilidad para hacer que ciertos objetos sean agradables de contemplar, se convierte por ella misma en un contribución permanente a la noción básica de lo que es el hombre y de lo que puede ser, de lo que es la comunicación, el lenguaje, de lo que son las acciones sociales no lingüísticas, de lo que es el arte, de las relaciones entre el pensamiento y el lenguaje. Podemos considerar a Vico como el primer exponente de esta doctrina –tal vez el más original de sus creadores–.

Asimismo, Vico, en mi opinión, distinguió una nueva clase de conocimiento. Tradicionalmente se encontraba de un lado el conocimiento demostrativo, la clase de conocimiento propio de las matemáticas o de la lógica o de las reglas de los juegos o la heráldica, y de las conexiones lógicas entre las proposiciones, las definiciones y las reglas de inferencia; ya se conciban o no como invenciones hechas por el hombre. Éste es el conocimiento deductivo, no sujeto a falsificación o modificación por parte de la experiencia. De otro, nos encontramos con otra clase de conocimiento: el conocimiento de la naturaleza, de los hechos y de los sucesos, de los atributos del hombre y de la divina naturaleza, que algunos pensaron que se podía descubrir, al menos en parte, por la revelación o la intuición metafísica. Los empiristas lo negaron y afirmaron que los hechos sólo podían descubrirse por la observación o por la argumentación. El conocimiento, de acuerdo con esta clasificación, o es deductivo o se deriva de alguna fuente especial de iluminación *a priori*, o de los datos sensoriales, y desarrollada por la inducción o por métodos hipotéticos deductivos: esta última es la clase de conocimiento que se puede encontrar en las ciencias y en el sentido común. Me parece que Vico desveló una clase de conocimiento –que me parece que a nadie antes que a él le había preocupado demasiado– que es el que un hombre reivindica tener cuando dice: sé lo que significa ser pobre, sé lo que significa estar enamorado, sé qué significa ser un soldado, ingresar en el partido comunista, ser un esclavo, un ateo, un traidor, un mártir, sé lo que significa entender una visión, un chiste, una obra de arte, o toda una civilización. Esto es lo que distinguieron los alemanes con la palabra *Verstehen* «comprensión», frente al «conocer», *Wissen*.

Vico no trazó explícitamente esta distinción, pero la emplea como un concepto capital. Distinguió una clase de conocimiento que se funda sobre la experiencia personal junto con la intuición imaginativa que disponemos sobre la experiencia y circunstancias de los demás hombres, como cuando uno comprende a un amigo, y entiende su entorno y sus relaciones sociales y lo que le ocurre: algo que no se comprende por deducción, ni por inducción, o por deducción hipotética, ni elaborando experimentos, verificando hipótesis, aún cuando fuera posible que se pudieran confirmar de esta manera sus propias creencias. Se comprende a los hombres, a las sociedades, las situaciones, las visiones de una manera inmediata. Nos podemos equivocar, o no llegar del todo a entender. Pero en cuanto al conocimiento de lo que es el universo, es una clase de conocimiento que se puede distinguir de las demás y es posible que existan otras clases que todavía no hayan sido identificadas por los filósofos. Es éste el tipo de comprensión que se debe tener cuando se tiene esa u otra clase de experiencia y de su evolución, el que se halla en el corazón de la idea de Vico sobre la comprensión de la historia. Un hombre comprende el pasado porque, digamos, sabe lo que significa luchar en contra de la naturaleza; o lo que representa para una clase de seres humanos luchar contra otros, o lo que significa ser joven o viejo, primitivo o civilizado.

Vico es uno de los primeros exponentes de lo que se puede llamar la visión de la lucha de clases en la historia. Cree que buena parte de los mitos, leyendas, fábulas, clásicos, y sobre todo el derecho y las instituciones de los romanos, sólo se pueden explicar como si surgieran de y simbolizaran los conflictos entre patricios y plebeyos, o de luchas entre los esclavos y sus amos. Esta idea domina su pensamiento, y fue capaz de ofrecer bajo su luz mejores explicaciones que las que ofrecieron después Hegel o Marx, aun cuando haya sido hasta cierto punto formulada por anteriores estudiosos del Derecho Romano. Vico creía que

cuando uno examina las instituciones jurídicas se puede apreciar, a través de su lenguaje y de las intenciones con las que se utilizaron en su opinión esos complejos de palabras y rituales, la clase de sociedad de la que surgieron, qué estado de desarrollo llegó a alcanzar la sociedad en cuestión o el tipo de visión de vida de la que formaban parte. Y de esta manera llegó a las nociones acuciantemente peligrosas de los enfoques eternos, y de los anacronismos, que son de importancia esencial en el estudio de la historia; nociones que, una vez más, nos parecen ahora obvias, pero que no lo fueron en absoluto en su tiempo.

Vico utiliza como ejemplo la leyenda romana de que los primitivas leyes de Roma, grabadas en la Ley de las Doce Tablas, provenían de Atenas al principio del siglo sexto: los romanos enviaron una delegación a Atenas, así es como sucede en la leyenda, ante el famoso sabio, el legislador Solón de Atenas y se trajo el código de leyes grabado en las Doce Tablas. Vico afirma que esto es absurdo. El tipo de romano cuya identidad podemos reconstruir de los vestigios que han sobrevivido, la clase de salvajes que habitaron Roma durante el período en cuestión, no se había desarrollado lo suficiente para entender la forma de vida que, bastante sofisticada para la época, debían de haber tenido los atenienses. Además, existen palabras en las Doce Tablas que no tienen ninguna clase de equivalente en griego. La palabra *auctoritas*, por ejemplo, la gran palabra latina para la autoridad, no tenía el más remoto análogo en griego: no es un término traducido, es parte de todo un modelo completamente diferente de lenguaje, de comprensión, de comunicación, de forma de vida.

Ésta es una idea primordial. Toda nuestra visión histórica presupone que podemos afirmar inteligente y plausiblemente que algo es típico del siglo diecisiete y no del trece, que algo —una obra de arte, una frase— es característico del Renacimiento y no del punto de vista griego clásico o del hebreo. Comprendemos que ciertas metáforas pertenecen a una cultura particular, y que no tendrían demasiado sentido para los miembros de otras culturas. Supongamos que dijéramos que el famoso salmo que declara que el Jordán discurre a contracorriente, o que las colinas se escapan con gozo, ante la venida del Señor no habría sido inteligible para los antiguos griegos, porque su noción de un dios y de la relación del hombre con Dios era enteramente diferente a la de los hebreos. Tal sentido de lo que va en lo que se da o no se da a entender, se convierte en algo casi instintivo, y capacita a los que lo entienden a desechar de antemano que un manuscrito dado o un jarrón pudo haberse producido en, digamos, el siglo dieciocho, cuando es bastante obvio que pertenece a la civilización pre-cristiana. Es el sentido que nos autoriza a decir que Shakespeare no sólo no escribió sus dramas en la corte de Gengis Khan, sino que sería absurdo suponer que lo hubiera hecho, porque toda la vida de la corte de Gengis Khan era incompatible con el lenguaje, los símbolos, las visiones, la sociedad y el entero mundo de Shakespeare. Esta concepción de los estadios de la historia, y de la individualidad de los procesos sociales fue puesta en el mapa por Vico. Eso es lo que quiero decir cuando afirmo que es uno de los creadores de la noción misma de cultura. La cultura significaba para él: los patrones unitarios de diferentes clases de experiencias sociales, el hecho de que el lenguaje de un pueblo y de sus leyes, su religión y vestidos, la manera en que hablaban o escribían o se trataban entre sí —todas sus actividades, desde la más trivial o la más importante, están interrelacionadas—. Esta noción no debe de llevarse demasiado lejos, no se ha de ser demasiado dogmático, o rechazar ciertas cosas firmemente porque uno esté seguro de que no podían ocurrir en alguna época. Todo tiene sus excepciones, y tales patrones culturales son, al cabo, hipótesis empíricas y no se

tienen que convertir en chalecos salvavidas metafísicos. La evidencia empírica por sí sola es la que se erige en el valor último a la hora de justificar las creencias sobre lo que ocurrió en el pasado. Sin embargo, la idea de que es posible entender una cultura, de que hay algo en virtud de lo cual lo que aparentemente no son más que disparatadas actividades por parte de un pueblo se puede entender como elementos dentro de la forma unitaria de vida de una sociedad, la idea de ser parte de, de pertenecer a, una cultura particular, o de tener una visión particular: esto fue lo que Vico anduvo buscando. Y así es también como a mí me lo parece la manera en que, hasta un cierto punto, se puede concebir y escribir sobre el pasado: no tiene por qué ser como una historia específicamente política o constitucional, o como una historia de las ciencias, o incluso, tal vez, como una historia de la economía, o la historia de alguna disciplina particular, sino como la historia de la evolución de la cultura humana, de las instituciones o concepciones humanas, de la manera en que vivieron la gente, actuaron, pensaron, hicieron cosas y se relacionaron con la naturaleza y crearon sus propios artefactos, la manera en que se comportaron entre sí. Esto es lo que ha sido la historia de la cultura; y Vico es su padre.

Existen otra muchas cosas que razonablemente se pueden atribuir a Vico: su teoría cíclica del origen y caída y renacimiento de las sociedades, su teoría del deterioro de la democracia en el hedonismo y la decadencia, en la atomización de la sociedad y en la alienación de sus miembros: «se agrupan entre sí físicamente, viven como bestias salvajes, en una profunda soledad de espíritu, sin que sólo muy difícilmente logren coincidir entre sí». Pero quizá ya haya dicho lo suficiente para demostrar que fue él un pensador audaz, original e importante. Que es el padre de toda una nueva y revolucionaria estética social, de una nueva concepción de las relaciones sociales, y de la manera en que se ha de estudiar su historia, a saber: en términos de reglas mutables que son creadas por las sociedades con el fin de hacer frente a la realidad. Es el padre de una nueva función del mito, los rituales y el lenguaje. Propuso una nueva visión de la naturaleza humana, concebida en términos sociales, como algo que crece y que se transforma, y no como algo con esencia inalterable dotada de una estructura inmutable, presente en todos los hombres y épocas de todos los lugares, que es la sustancia del orden, de la doctrina tradicional. Nos hizo caer en la cuenta de la necesidad de utilizar la imaginación disciplinada por la investigación empírica con el fin de comprender las instituciones de la gente que son en gran medida diferente de nosotros, de «adentrarnos en la mente» de semejante seres, como él lo escribe; y llamó particularmente la atención sobre los peligros de la importación de categorías y conceptos de nuestra propia cultura a las demás culturas remotas en el tiempo y en el espacio.

Todo esto puede parecer bastante obvio hoy en día. Pero si se lee a Vico, se encontrará expresado con tal vigor, con tal frescura y audacia, tan espontáneamente, que a pesar de todas sus terribles digresiones y oscuridades uno tiene la impresión, como le ocurrió a Michelet, de haberse encontrado súbitamente con un hombre de genio único y original. Sus ideas nos resulta aún hoy de interés, aun cuando fuera sólo por los problemas todavía de actualidad de las relaciones entre las ciencias y las humanidades tanto en el ámbito de la teoría —por ejemplo la lógica de los diferentes tipos de actividad estudiada por los filósofos de la ciencia, de la cultura, y de la historia, etcétera.— como también en el de la práctica, donde, por ejemplo, hemos sentido una gran preocupación por el impacto sobre nuestra sociedad de los métodos de la ciencia y de la tecnología.

Por poner un ejemplo obvio de esto, nos encontramos con la cuestión ampliamente debatida de si es o no la manera adecuada de examinar las relaciones sociales la de utilizar métodos predominantemente cuantitativos, porque la ciencia, cuando se la interpreta de manera no cualitativa, es el único camino seguro hacia la verdad y por consiguiente a la acción correcta. Todas estas cuestiones han llegado hoy a convertirse en extremadamente controvertidas, porque se ha producido una reacción en contra de los efectos sociales y psicológicos del enfoque cuantitativo dominante, que es atacado por estar llevándonos a técnicas deshumanizadoras, a la tendencia de clasificar a los seres humanos de manera mecánica, una sospechosa tendencia de ignorar sus aspectos más valiosos e importantes, sus deseos más variados y naturales, sus aspiraciones y sentimientos e ideales, el sentido de su propia valía individual y su dignidad. Se la considera como si le prestara apoyo a unas élites despiadadas que sólo buscan el poder, a las fuerzas de explotación y opresión del mundo. Estas son algunas de las disputas más controvertidas contemporáneas, y tal vez sea una de las razones que explique por qué Vico se ha puesto de moda una vez más.

[Traducido del inglés por Enrique Bocardo]

* * *

